

—¿Pero qué os he hecho yo?

—¡Miserable! vuestra conciencia os responderá.

—¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?—preguntó Martin.

—¿Doña Esperanza, mi esposa?

—¿Tu esposa? ¡infame!

—Sí, está en mi casa; pero os juro que fué por su voluntad; no la he obligado yo: preguntádselo á Doña Catalina.

—¿A Doña Catalina?—dijo Martin:—escucha, escucha; ¿qué oyes?

Resonaban por fuera de la casa los golpes del hombre que cavaba la sepultura.

—¡Golpes! ¡golpes secos, como si cavaran la tierra!—contestó espantado Don Alonso.

—Eso es—continuó Martin;—cavan la sepultura para Doña Catalina, que ha muerto á manos de su mismo padre, de ese tigre de Don Baltasar de Salmeron.

Don Baltasar rugió y se revolcó en el suelo.

—¡Muerta! ¿y á mí me vais á matar también?

—Quién sabe; ya veremos.

—¡Por Dios! ¿qué quereis que haga? Si lo intentais por rescatar á Doña Esperanza, yo os la devolveré; no me he acercado á ella, no es mi esposa, no es mi mujer mas que de nombre; yo os la devolveré.....

Don Alonso temblaba de miedo.

Don César hizo una señal á Teodoro y Martin, y los tres salieron del aposento.

La fosa estaba ya dispuesta, y el hombre vino á dar aviso.

El cadáver fué depositado en ella, y la tierra cubrió aquellos restos.

Don César habló un momento en voz baja á Teodoro y

á Martin, y luego éste, dirigiéndose al hombre enmascarado, le dijo:

—Seguidme.

Volvieron á penetrar á la estancia en que estaban Rivera y Salmeron.

Martin y el hombre de la máscara cargaron á Don Alonso, Teodoro alzó sobre sus hombros á Don Baltasar, y precedido de Don César, que llevaba una luz y los instrumentos que habian servido para cavar la fosa, se encaminaron para la orilla del lago.

Don César reconocia el terreno y parecia buscar el que estuviera mas sólido; por fin, encontró alguno que le pareció oportuno; crecia allí abundante la maleza.

—Aquí—dijo.

Los dos presos fueron colocados en el suelo, y Teodoro y Martin comenzaron á practicar dos agujeros en la tierra; no tenian la forma de una sepultura, sino la de un pozo.

—¿Qué vais á hacer con nosotros?—preguntó Rivera; pero nadie le contestaba.

Los pozos se profundizaban mas y mas, hasta que ya un hombre pudo caber dentro sin tener fuera mas que la cabeza.

—Ya están—dijo Teodoro.

—Pues á ello—contestó Don César.

Tomaron entonces á Don Alonso, y á pesar de sus movimientos convulsivos y de sus gritos, le metieron de pié dentro del hoyo.

Entonces comenzaron á llenar el hoyo de tierra, apretándola y enterrando á aquel hombre, del que no quedaba fuera sino solo la cabeza.

Nadie hablaba, y solo la víctima gritaba hasta perder el aliento.

Después le tocó su turno á Don Baltasar; pero no gritó, no habló, no pidió misericordia; sombrío y silencioso sintió llegar la tierra hasta el cuello; estaba como loco.

—¿Les ponemos mordaza?—preguntó Martin.

—Sí, para que no griten y puedan auxiliarlos—dijo Teodoro.

Martin puso las mordazas á aquellas dos cabezas; en seguida amontonaron sobre ellas yerbas secas para que no las pudiesen ver, y se alejaron.

Al llegar otra vez á la casa, el hombre que nada habia hablado, dijo á Martin:

—Mi dinero; os he ayudado hasta el fin.

—Primero te veremos el rostro para conocerte si nos vendes.

—Jamás he vendido á nadie.

—No importa, descúbrete.

—Lo mismo da—dijo el hombre quitándose el antifaz.

Apenas quedó su rostro descubierto, Teodoro lanzó un grito y se arrojó sobre él.

—¿Dime—exclamó—no eres tú el que vivias al lado de la barranca de la «Monja maldita?»

—Sí—contestó el hombre.

—Te llamas Guzman?

—Sí.

—¿Por huir de tí ne cayó una dama en la ensenada?

—Sí; ¿y qué hay con eso?—dijo el hombre sacando con disimulo un puñal.

—Don César—dijo el negro—Martin ha dicho bien, esta es la noche de la justicia; este es el verdadero matador de Doña Blanca. Para Martin Don Baltasar; para vos Don Alonso; para mí este.

Y levantando el brazo antes de que Guzman hubiera po-

dido hacer uso de su puñal, le hundi6 el cráneo de una puñada, y le tendió muerto á sus piés.

—¡Justicia!—dijo Martin—justicia, pero huyamos de este lugar maldito.

—Sí, vamos—contestó Don César saliendo. Teodoro le siguió, Martin se detuvo un poco dentro de la casa y luego los alcanzó; los tres volvieron á México apresuradamente.

Habian caminado un largo trecho, cuando un resplandor que salia del lugar que habian dejado, llamó su atencion.

—¿Qué pasa?—dijo Don César.

—Que antes de salir pegué fuego á esa maldita casa, contestó Martin.

Y siguieron en silencio su camino.

## XXXVI.

En el que Catalina y Don Leonel conocen que su situación es mas triste que lo que ellos pensaban.

Doña Catalina quedó casi sin aliento entre los brazos de Don Leonel y del Padre Alfonso.

Lloraba y sollozaba, pero de placer. Don Leonel la perdonaba; quizá no la amaria; pero alcanzar aquel perdon era ya demasiado para ella.

—Sentaos, hija mia, sentaos—dijo el padre Alfonso;— esas emociones violentas podrán haceros mal.

Catalina, sostenida por Don Leonel, se dejó caer en un sitial.

—Catalina—le dijo Don Leonel—el arrepentimiento borra las manchas del corazon, pero el mundo y la sociedad son exigentes; oidme, Catalina, aun hay un modo de salir de esta horrible situación.....

—Decid, decid—exclamó Catalina.

—Quiero que mi hermano escuche, porque espero de su prudencia y de su sabiduría que ilumine mi alma en estos momentos.

—Habla, Leonel—contestó el padre Alfonso—y Dios quiera inspirarme para daros un consejo saludable.

—Doña Catalina—dijo Leonel—respondedme en nombre de Dios la verdad en lo que voy á preguntaros, como si estuviérais ante el Supremo Juez de vuestra vida.

La jóven, impresionada por el tono solemne de estas palabras, se levantó de su asiento y se puso de pié.

—Catalina, ¿creeis que vuestra felicidad consiste en vivir á mi lado?

—Sí, sí—contestó con exaltacion la jóven.

—¿Y os sentís fuerte contra vuestras pasiones y vuestros instintos, para ser bajo mi mismo techo una mujer virtuosa?

—Os lo juro, lo juro, lo juro—contestó Catalina.

—Bien—continuó el jóven:—ante todo debo advertiros, aunque haga pedazos vuestro corazon, que yo no puedo dejar de amar á Esperanza; pero como este amor es ya imposible, criminal, como ya nada me liga á la tierra, quiero vivir para haceros feliz, porque si el cielo no cierra sus puertas al pecador arrepentido, yo no os puedo cerrar las de la felicidad, si de mí depende: iremos á vivir lejos de aquí, en otro país, bajo otro cielo, en donde nadie nos conozca, en donde vos podais ocultar vuestro nombre y vuestra historia, y yo mi dolor, mi nombre y mis desgracias: ¿quereis?

Catalina cayó de rodillas á los piés de Don Leonel: un paraíso se abrió ante sus ojos, el porvenir se mostraba lleno de luz, de vida, de color: aquel hombre no solo la perdonaba, sino que la llamaba á vivir á su lado, bajo su mismo techo; aquello era mas de lo que ella habia soñado. Ni el recuerdo de Esperanza turbaba su felicidad. Don Leonel la amaba, pero con el tiempo podia ella hacérsela olvidar, hacerse amar, volverse digna de aquel hombre por quien sentia lo que jamás habia sentido.

Don Leonel alzó á Catalina y la volvió á sentar en el sitial.

—Entretanto es preciso que volvais á vuestra casa—dijo Don Leonel.

—Volveré—contestó con humildad Catalina.

—Y que guardéis el mas profundo secreto.

—Callaré—dijo la jóven.

—Evitaré el ir á vuestra casa y veros.

—Pero, señor.....—exclamó ella con acento de súplica.

—Es preciso—dijo el padre Alfonso.

—Obedeceré, y se hará en todo cuanto vos dispongais; espero en el porvenir la felicidad.

—Bien; ¿habeis venido sola?—preguntó el Padre.

—Sí, señor—dijo la jóven.

—En ese caso, haré que dos lacayos os acompañen.

En el tono con que el Padre Alfonso dijo esto, comprendió Catalina que era una orden, y se levantó y se cubrió con su velo.

El Padre se dirigió á la puerta, pero en vez de ser Doña Catalina la que salia, fué Don Nuño de Salazar el que penetró en la habitacion, con aire severo y sin descubrirse.

Don Leonel, su hermano y la jóven quedaron como avergonzados.

—Señores—dijo Don Nuño—sois mis hijos; y bien que por vuestra edad y por vuestras profesiones sois dueños de vuestras acciones y conciencia, vivís en mi casa, ¿lo escuchais? en mi casa, honrada siempre, y en donde nunca se han visto entrar damas encubiertas, y á deshoras menos: ¿lo oís?

—¡Padre!—dijo Don Leonel.

—Señor, ¿suponeis.....—dijo el Padre Alfonso.

—Nada supongo—dijo con severidad el anciano—que me horrorizaria de suponer nada en vuestra edad y vuestro estado; pero esto es un escándalo, por mas que me jureis la pureza de vuestras intenciones.

—¡Señor!—exclamaron los dos hermanos.

—Silencio; que aquí yo mando, yo soy el padre, y aquí nadie levanta la voz. Señora, descubríos.

—¡Padre!—dijo Leonel;—á una dama, en mi casa!

—Podrá ser una dama, aunque los pasos en que anda no lo prueban; pero que esta sea vuestra casa, no lo creais; lo era cuando por honor del padre los hijos no abusaban trayendo aquí damas encubiertas; ahora solo es mia: ¡señora, os mando que os descubrais!

—¡Padre, por Dios!—dijo Don Leonel interponiéndose entre el anciano y Catalina.

—Quitaos, digo—repitió el anciano—y de lo contrario os haré entender que soy vuestro padre, y que aunque viejo, me sobran fuerzas y energía para hacerme respetar.

Y los ojos de Don Nuño centellaban de furor, y su rostro estaba encendido, y comenzaba á temblar su voz.

—¡Padre mio! reportaos, por Dios!—dijo el Padre Alfonso acercandose.

—Apartaos—contestó Don Nuño:—señora, descubríos.

La jóven vaciló, y Don Nuño iba ya á lanzarse sobre ella, cuando el Padre Alfonso dijo:

—Descubríos, señora, os lo ruego.

La dama alzó su velo, y Don Nuño la miró fijamente.

—¡Ah! muy jóven y muy bella sois para andar en estas aventuras!

—¡Padre! por piedad, no la insulteis!—dijo Don Leonel.

—Señora, ¿cómo os llamis?—preguntó Don Nuño, sin atender á las razones de sus hijos.

—¿Esto mas, señor? ¡Por Dios!—decia Don Leonel.

—¡Vuestro nombre, señora, vuestro nombre! Necesita cada uno saber el nombre de las personas que entran á su casa: ¡vuestro nombre, os digo! ¡contestad!

Don Leonel estaba densamente pálido, y la jóven tembando, y sin poder resistir el fuego de las miradas, las palabras del anciano, contestó tímidamente:

—¡Catalina de Armijo!

—¿Cómo?—dijo Don Nuño, dando un paso atrás como si hubiera pisado una víbora;—¿cómo? Repetid, repetid.

Los dos hermanos estaban espantados del efecto que aquel nombre habia producido en su padre.

—¡Catalina de Armijo!—repitió la jóven.

—¿Y vuestra madre, vuestra madre, cómo se llama?

—Catalina de Armijo tambien—contestó la jóven.

—¿Y vuestro padre?

—Nunca lo he sabido.

—¿Teneis otros hermanos?

—No señor, yo he sido la hija única de mi madre.

Don Nuño, sin que nadie hubiera podido preverlo, se lanzó adonde estaba la jóven, y tomándola de la mano, casi la arrastró hasta cerca de la bujía.

Allí sin ceremonia alguna, sin miramiento de ninguna especie, sin que se lo pudieran impedir ni la misma jóven, ni los hermanos que estaban inmóviles por el asombro, la volvió de espaldas á la luz, y con un movimiento convulsivo, rasgó el vestido de la jóven, descubriendo la espalda blanca y mórbida como si fuera de alabastro.

En aquella espalda blanquísima se descubria una llama pintada con sangre; la marca de la familia de los Carbajales.

Don Nuño lanzó un grito, y volviendo de frente á la jóven, la contempló un momento con ojos extraviados, y luego la estrechó entre sus brazos, gritando:

—¡Hija mia! ¡hija mia!

—¡Su hija!—exclamaron los dos hermanos con espanto.

—¿Mi padre vos?—dijo Doña Catalina desprendiéndose de sus brazos.

—¡Sí, tú eres mi hija! ¡mi hija! tú eres mi hija, que te he buscado tanto, que creia haber encontrado en Doña Esperanza. ¡Oh hijos míos! Leonel, Alonso, abrazad á esta jóven, porque es vuestra hermana.

Catalina miró á Leonel con asombro, como si quisiera volverse loca; despues dirigió su mirada á Don Nuño, cerró los párpados, lanzó un gemido, y cayó desmayada.

Don Nuño comprendió que algo terrible pasaba allí, porque Don Leonel habíase abrazado del Padre Alfonso y estaba como desvanecido.

Entonces aquella idea le preocupó mas que el accidente de Catalina; un mundo de ideas se alzó en su cerebro, y sin atender á la jóven que yacia en el suelo, se precipitó sobre Don Leonel, y sacudiéndole fuertemente de un brazo, le dijo con ronca y entrecortada voz:

—¡Leonel! ¿tendré que llevar un remordimiento mas á la tumba?

—¡No, padre mio!—contestó Leonel;—vivid tranquilo, ya que ella va á ser tan desgraciada.

—Leonel, no me engañes para calmarme.

—Os lo juro por la memoria de mi madre.

—¡Dios te haga feliz, hijo mio! ¡yo te bendigo!

Y arrodillándose en el suelo, levantó cuidadosamente á Catalina, y la apoyó contra su pecho.

—Pronto, Leonel, llama á los criados; dame agua aunque sea: esta niña se muere.

Leonel salió precipitadamente, y el Padre Alfonso se arrodilló tambien al lado de Catalina y le tomó una mano.

—No temais—dijo—no temais, padre mio; es un des-

mayo; Dios no ha de querer arrebatáros á vuestra hija en el momento mismo en que la recobrais.

—¿Tú lo crees, hijo mio? ¿tú lo crees?

—Sí; mirad, ya abre los ojos, ya respira con mayor facilidad; mirad, mirad.

En efecto, Doña Catalina abrió los ojos, y lo primero que llamó su atención, fué Don Leonel que entraba.

—¡Ah! ¿sois vos, Don Leonel?—exclamó;—he tenido un sueño espantoso: soñaba.....—Entonces alzó su cara, y miró á Don Nuño.—¡Dios mio!—gritó—¿conque no es un sueño? ¿conque es una realidad?..... ¡Oh! soy muy desgraciada! ¡muy desgraciada!..... ¡Dios mio! ¿merecen esta pena mis pecados?

Don Leonel no se atrevia ni á moverse; Don Nuño lloraba, y su llanto caía sobre la frente de la jóven y resbalaba sobre su rostro.

Seguramente el Padre Alfonso era el único capaz de hablar, y habló.

—Catalina, hermana mía—dijo—por pruebas terribles quiere Dios que pase vuestro espíritu; el fuego del dolor debía purificar vuestro corazón y hacer brotar en vuestro pecho el inmenso raudal del arrepentimiento: hace un momento os contentábais con solo el perdón de Leonel; ahora ese hombre es vuestro hermano, ahora encontráis un padre, ahora vuestro arrepentimiento será perfecto, porque es para Dios y no para el mundo; vuestra alma sacude las cadenas del vicio, el cielo os brinda con sus eternas venturas; aceptad con gusto la corona del martirio, vivid para Dios y para vuestro padre; perded la memoria de lo que pasó, ya que en medio del camino de la miseria suena para vos la hora de redención: ¡hermana mía! Dios que os envía dolor tan grande, no podrá negaros el esfuerzo para resistirle; acer-

caos á él y pensad en el cielo, ya que la tierra no os ha dado mas que cieno y espinas.

Doña Catalina habia seguido con el alma las palabras del Padre Alfonso, su rostro habia comenzado á cambiar de aspecto, las sombras de la desesperación sombría que lo nublaban, iban como disipándose, y los ojos comenzaron á tener ese brillo y esa humedad que anuncian el llanto, y cuando el Padre Alonso acabó de hablar, la jóven, que se habia ido incorporando poco á poco, estaba ya de rodillas con la mirada fija en un cuadro que representaba á la Virgen y que segun la costumbre de aquellos tiempos, estaba en la cabecera de la estancia, con dos velas de cera que le encendian cada noche.

—Madre mia, madre mia—dijo Catalina alzando sus manos á la Virgen—dame fuerza y resignación para sufrir.

Y luego, cubriendo su rostro con ambas manos, comenzó á derramar un torrente de lágrimas, que salían entre sus blancos dedos como una lluvia de diamantes.



ver si esos dos lobos han dejado de existir, y vendré á avisarlo para que se proceda á lo demás.

Con esta resolucion cada uno se retiró á su aposento, y Martin no volvió aquella noche á su casa, sino que se quedó en la de Teodoro.

Toda la noche pensó en Doña Esperanza; casi la veía ya feliz y rica, pero tenia la idea de que era necesario para cortar las relaciones de Don Leonel con Doña Catalina, á las que él no daba una gran importancia, llevar á aquel el libro de las Memorias de Doña Juana, tanto para hacerle volver al amor de Esperanza, cuanto para evitar que por una desgracia se fuese á enamorar verdaderamente de su hermana.

Estas reflexiones tanto le afectaron, que casi sintió no haber llevado antes el libro á Don Leonel, y determinó llevarlo al siguiente dia, antes de ir á cerciorarse de si habian muerto Don Baltasar y Don Alonso.

Pensando en esto, como iba amaneciendo y estaba muy cansado, se quedó dormido profundamente.

Cuando Martin despertó era ya muy tarde, el sol estaba muy alto, y se oía ya el rumor de mucha gente que andaba por la calle.

—Sea por Dios!—dijo;—tanto pensé en lo que tenia que hacer temprano, que no lo hice, y á fe que he tenido sueños espantosos, y la vieja y Don Alonso, y Don Baltasar y el hombre que mató Teodoro, han bailado al derredor de mi cama toda la noche, haciéndome unos gestos horribles y echando lumbre por los ojos..... ¡y qué cosa tan fea es matar á un hombre, aunque sea con justicia!..... Estos eran unos pillos, que ya, ya, buena guerra hubieran dado si siguen viviendo..... en fin, me vestiré y vamos á ver lo que ha sucedido por allá.

Martin se vistió, y sin averiguar si Teodoro se habia levantado, salióse á la calle y se dirigió á su casa.

La muda le esperaba; Martin por señas le hizo comprender que Doña Esperanza estaba buena; luego se hizo servir el desayuno, y tomando el libro de las Memorias de Doña Juana de Carbajal, la emprendió para la casa de Don Leonel.

Subió sin que nadie le viera y llamó á la habitacion del jóven; un lacayo salió á verle y le dijo que aun no se levantaba su amo, porque estaba un poco enfermo.

Garatuza no creyó prudente volverse á salir con el libro, y dijo al lacayo:

—Como supongo que su señoría, si no está levantado, si por lo menos despierto, os ruego le lleveis esta caja inmediatamente, advirtiéndole que quien la trae volverá esta tarde.

El lacayo recibió la caja, hizo una reverencia y Garatuza se retiró.

Procurando recatarse, andando unas veces de prisa y otras despacio, pero caminando siempre en direccion del lugar de la escena de la noche anterior, Garatuza llegó á encontrarse fuera de la ciudad.

Miró por todos lados, y ni una persona se distinguía en una gran extension.

Confiado en esto, apretó el paso y llegó al fin de su camino.

Humeaban aún los restos de la casa; el fuego habia consumido los techos y las puertas, parte de las paredes habian caido y parte se conservaban humeadas y negras.

El cadáver de Guzman, ó habia sido consumido por las llamas, ó habia quedado sepultado bajo los escombros; pero no se descubría.

—Quizá no estaba bien muerto y se haya escapado—dijo Martin, y comenzó á levantar algunas piedras en el sitio en que suponía se hallase el cadáver.

Trabajó un rato, y de repente se detuvo; era que al levantar uno de aquellos escombros, había descubierto una mano negra y crispada.

—¡Ave María Purísima!—dijo santiguándose—aquí está; vamos á ver á los otros.

—Lo que es esa—continuó señalando el sepulcro de Doña Catalina—ni que preguntar: veamos á aquellos.

Y se dirigió adonde habían quedado Don Alonso y Salmeron; apartó la maleza y casi se horrorizó de lo que veía.

Los dos habían ya espirado; pero aquellas dos cabezas que salían de la tierra, presentaban un espectáculo capaz de helar la sangre en las venas del hombre mas atrevido.

En los dos rostros se pintaba la muerte con los caracteres de la mas infernal desesperacion.

Don Alonso había conseguido romper con sus dientes la mordaza, que era de madera; pero quizá al conseguirlo, ó quizá en medio de su agonía, se había trozado la lengua con los dientes, porque le colgaba fuera de la boca, negra y despedazada, y un charco de sangre se advertía en la tierra, debajo de su barba.

Don Baltasar tenía los ojos abiertos, casi saltados de las órbitas, vidriosos, amenazadores aún, y sus cabellos, blancos y escasos, estaban como erizados todavía.

Una infinidad de moscas de todas clases cubrían aquellas dos horribles figuras, y se levantaron como una nube al acercarse Garatuza, produciendo un rumor siniestro y triste.

Martin se acercó á examinar, y notó que antes de morir y quizá durante toda la noche, esos moscos de la laguna, cuyas picaduras son tan agudas y tan molestas, habían mar-

tirizado á aquellos infelices, aumentando así lo espantoso de su situacion, porque se notaba en todo el rostro de ambos el estrago que había causado en ellos la multitud de aquellos animales.

—Vámonos—dijo Garatuza;—yo no puedo ver esto, y es preciso que la justicia venga pronto, porque si tarda, será imposible despues reconocer estos cadáveres.

Y sin esperar mas, y sin pensar que no había descansado ni un instante, dió la vuelta á México á llevar noticia de todo á Teodoro y á Don César.

El lacayo abrió la ventana y se retiró.

Don Leonel, temblando abrió la caja, sacó el libro y comenzó á leer con ansia.

Aquel manuscrito, que él debía haber conocido algunos meses antes, y que entonces le hubiera sido tan útil, en aquellos momentos no venia sino á aumentar su afliccion.

Pasaban las horas, y Don Leonel absorto, no advirtió que la puerta de su aposento se habia abierto y que penetraba en él su hermano el Padre Salazar, el cual al verle tan entretenido, se llegó hasta el lecho y se detuvo á contemplarle sin interrumpir su lectura.

De repente Leonel alzó el rostro y miró á su hermano, se sonrió con él tristemente y le tendió la mano.

—Buenos dias, Leonel—dijo el Padre Alfonso:—¿te sientes mas tranquilo? Lo creo, porque te encuentro leyendo.

—¡Ay hermano! este libro es la historia de mi desgracia, porque encierra las Memorias de Doña Juana de Carbajal.

—¿Y qué has encontrado en él?

—La prueba evidente de que Catalina es hermana nuestra; es hija de nuestro padre.

—¿De manera que en eso no hay duda?

—No, hermano, y no podré decirte si es por fortuna ó por desgracia.

—Quizá sea por fortuna, y esto abra para tí las puertas de la felicidad y para Catalina las del cielo.

—¿Qué hay, pues, hermano mio? ¿qué hay? porque tú sabes que no puedo ser feliz cuando Esperanza es esposa de otro hombre.

—Grandes novedades han ocurrido hoy en el dia.

—Dime, dime.

—En primer lugar, te diré que tan luego como amaneció, mi padre se dirigió en busca de la madre de Catalina á

## XXXVIII.

Cómo Don Leonel supo de Doña Esperanza, y lo que aconteció entonces.

Don Leonel estaba aún en la cama cuando el lacayo entró con la caja que le habia entregado Martin.

—Señor—le dijo.

—¿Qué quieres?

—Un caballero ha buscado á su señoría.

—He dicho que no quiero ver á nadie.

—Se ha ido ya.

—¿Entonces?

—Me encargó que le entregue á su señoría esto.

—¿Qué es?

—Una caja.

—Déjala por ahí.

—Agregó que era urgente que la viera su señoría.

—Dámela.

El lacayo se acercó y entregó la caja á Don Leonel.

Apenas la vió el jóven, la reconoció.

—Está bien; retírate y abre antes la ventana.

la casa de Don Pedro de Mejía; yo le acompañé, y nuestra pobre hermana se quedó en el aposento que le dispusimos anoche.

—¿Y qué hubo?

—En la casa de Mejía nos dijeron que no había nadie, que la madre de Catalina había salido desde la víspera con Don Alonso y su esposa.

—¡Su esposa! Dios mio! ¿y yo perdí esa joya? pero la ingrata, que se huyó de la casa de Martín para casarse con ese hombre! No, no debo pensar en ella.

—Mi padre quiso que fuésemos á buscar á esa señora á la casa de Don Alonso; llegamos allí, y nos dijeron que la esposa de Rivera no recibía á nadie, y que Don Alonso y Doña Catalina habían salido de la casa desde la víspera en la tarde y que nada se sabía de ellos.

—¿De manera—dijo Leonel—que Rivera no pasó la noche en su casa?

—No.

—¿No se sabe aún de él?

—No, ni de Doña Catalina.

—Vaya un misterio!

—Pues hay además una cosa horrible.

—¿Qué cosa?

—Ya de vuelta, encontramos un alcalde del crimen, acompañado de gentes de justicia y de mucho pueblo, que iban rumbo á la laguna; mi padre preguntó á un amigo que encontró entre los curiosos, lo que aquello significaba, y le contestó el otro que el alcalde había recibido un anónimo en que le decían que por aquel rumbo había cuatro cadáveres, y entre ellos el de una dama, que parecían de personas principales, cuyos cadáveres unos estaban enterrados y otros no; que el que hacía la denuncia los había visto, y no se

presentaba en persona porque no quería andar entre justicias.....

—¿Y crees.....

—Que quizá entre esos cadáveres estén el de Doña Catalina y el de Rivera.

—¿Pero por qué lo crees así?

—Por esa extraña desaparición.

—¿Y cómo sabremos?

—Muy fácilmente y muy pronto, porque mi padre en persona siguió al alcalde.

—¿Hace ya mucho de eso?

—Cosa de una hora, y no deben tardar, porque mi padre se fué en la carroza, é hizo montar en ella al alcalde y al escribano.

En este momento se oyó el ruido de un carruaje que penetraba en el patio.

—Ahí está—dijo Don Leonel comenzando á vestirse precipitadamente.

—Él debe ser—contestó el Padre Alfonso.

Dos minutos despues la puerta se abrió con violencia, y Don Nuño, pálido, desencajado, con el pelo erizado y casi sofocándose, penetró en la estancia y se arrojó en un sitial, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué teneis, padre mio?—dijo Don Leonel espantado.

—¡Oh!—exclamó Don Nuño como hablando consigo mismo—esto es horroroso, espantoso, increíble!

—¿Pero qué os pasa, señor?—preguntó el Padre Alfonso.

—¡Doña Catalina muerta, seguramente en medio de horribles tormentos, porque tenía los piés calcinados, y señales de cuerdas en las manos; Don Alonso de Rivera y Don Baltasar de Salmeron, enterrados vivos, segun se nota, hasta